

NINGÚN nombre ha sido quizá más respetado que el del doctor Miguel Samper ni habría otro alguno que se le antepusiese, cada vez que se trataba de ofrecer ejemplos de probidad pública y privada, de serenidad de espíritu, de civismo, de amor a la República, de imparcialidad y de justicia.

Este veredicto unánime de la opinión, pronunciado en vida del ilustre finado por todos los partidos y por todas las clases sociales, ha recibido plena confirmación después de su muerte; de tal modo que al tenerse de ella conocimiento no ha habido colombiano que no sienta que con el señor Samper ha desaparecido una de las más puras y más hermosas glorias de la patria.

Para nosotros, él ocupaba el primer lugar entre los hombres públicos de la actual Colombia: y al formular este concepto, no creemos incurrir en aventurada exageración; así como por unánime consenso se ha reconocido también que con Gladstone falleció el más eminente de los ingleses.

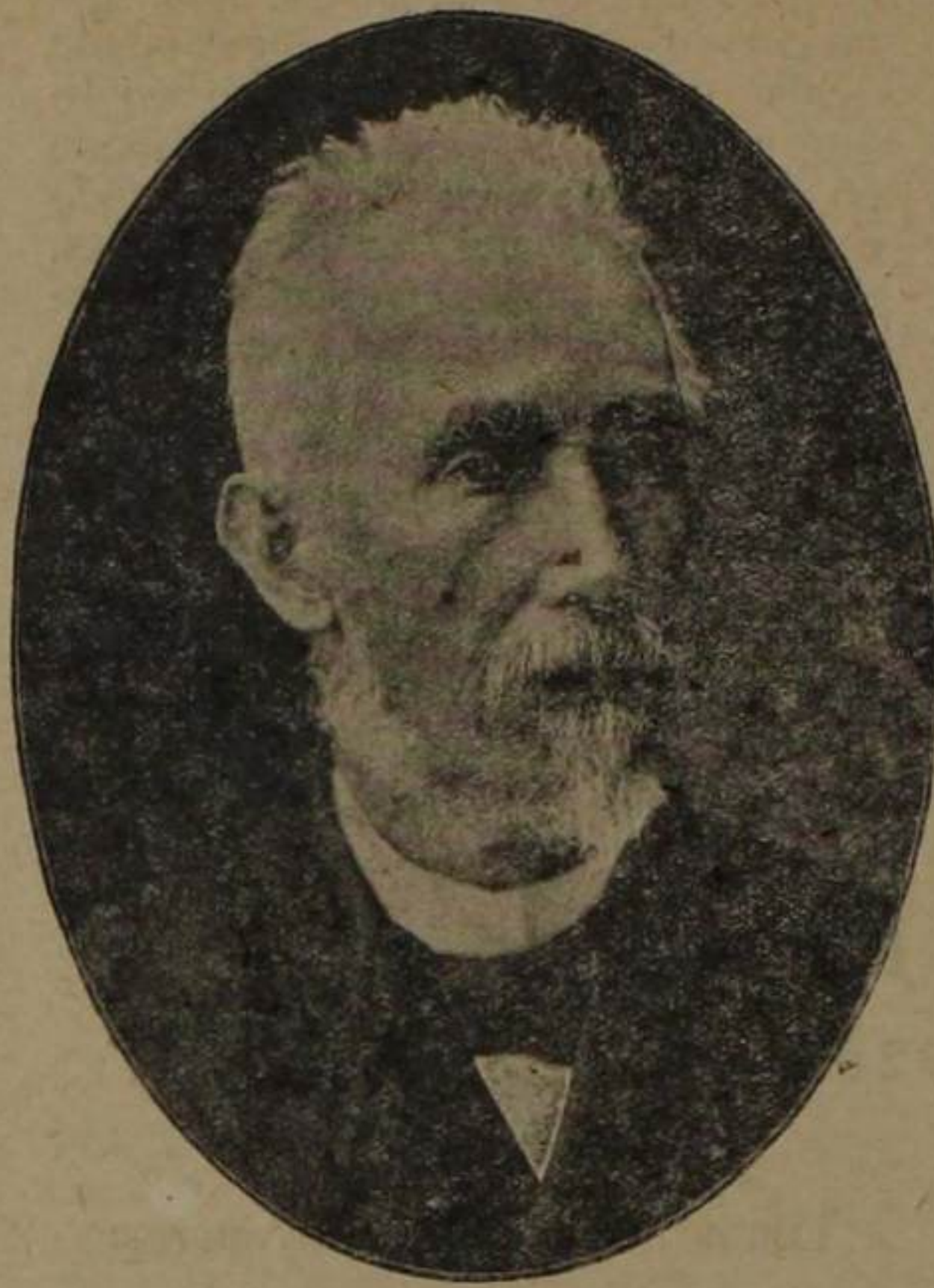
Y don Miguel Samper, era por todos conceptos, el Gladstone colombiano.

El estadista inglés no era en su patria ni el mejor orador, ni el escritor más popular, ni el más hábil parlamentario, ni el más afortunado jefe de partido, ni como hombre de ciencia figuraba tampoco en primera línea; pero sí era sin disputa el más sincero, convencido y abnegado batallador en pro de todas las grandes causas; el más enérgico y perseverante campeón de la libertad y de la democracia; el más encarnizado enemigo de todas las tiranías, desde la del gran propietario irlandés hasta la del sultán de Constantinopla; el más intransigente con las cábalas, intrigas y oportunismo de aquellos políticos que sólo buscan el éxito y las conveniencias de sus respectivas banderías.

Eso mismo fue entre nosotros don Miguel Samper durante su larga vida pública, que no conoció una contradicción, ni un desvío de la línea recta, ni una cobarde transacción con la iniquidad.

De ello son comprobación evidente sus numerosos escritos, parte de ellos recientemente coleccionados por él mismo, como si sintiera la necesidad de legar a las nuevas generaciones un testimonio vivo de cómo no ama a la patria el que no empieza por amar antes que todo la verdad y la justicia, y de cómo no puede ser buen ciudadano el que pretende ser siempre buen partidario.

Don Miguel Samper se llamó liberal;



Don Miguel Samper¹,
el gran ciudadano

pero no se contentó con darse ese nombre, que para muchos sólo es librea, cuando no disfraz de carnaval, sino que se propuso serlo, defendiendo siempre la libertad racional para todos, el derecho para todos, la justicia entera sin reservas ni distinguos.

Liberal fué, decimos, don Miguel Samper; pero liberal a la inglesa, amante de un progreso mesurado y pacífico, sin comprometer las grandes tradiciones religiosas y sociales de un pueblo. No fué eso el liberalismo en nuestra tierra, y por lo mismo, mientras aquel partido estuvo aquí en el poder, desde 1861 hasta 1884, no tuvo censor más severo, más constante y más valeroso que el señor Samper. Todo el proceso del liberalismo gobernante está formulado por él; y cuando se escriba la historia de las últimas épocas de la República, aquellos escritos serán compulsados como testimonios irrecusables.

Con la misma independencia de carácter y rectitud de juicio, el señor Samper ha dejado también protocolizado el proceso fiscal y político de la Regeneración, desde sus comienzos hasta la víspera de la muerte del escritor, puesto que él no soltó la pluma sino cuando el brazo cayó ya inerte, falto de vital aliento.

1. El día 24 de octubre del año en curso, Colombia celebró el primer centenario del nacimiento de este claro varón.

Por esta razón, el señor Samper no [figuró] nunca en primera línea en la política del país. Contribuyó, sí, mucho a la dirección de las ideas, pero no siendo, por la misma independencia de su espíritu, esclavo de ningún partido, tampoco pudo ni pretendió mover las pasiones e intereses de bandería en busca de determinado fin inmediato. Su apostolado fué más social que político.

En este apostolado, quizá la más vehemente y constante aspiración del señor Samper fué la de levantar, mejorar y aliviar la condición del pueblo bajo.

Fué, pues, un demócrata, pero demócrata cristiano, sin ribete ni tinte alguno de demagogia. Por lo mismo que amaba al pueblo, jamás lanzó una palabra para adularlo, para soliviantar sus malas pasiones, para despertar sus codicias contra los propietarios y los ricos. Por el contrario, ninguno de nuestros escritores públicos fué más franco que él, al estudiar las causas de nuestra miseria, poniendo de resalto los vicios, la pereza, la ignorancia, la mala fe de muchos de nuestros industriales.

Pero en cambio, tampoco hubo ninguno que como él se interesara, y tan deveras, en favor del indio oprimido y esquilado por todos los gobiernos, por todos los partidos, por todas las potestades. De ahí la permanente campaña que el señor Samper sostuvo contra el reclutamiento, contra el alto precio de la sal, contra las tarifas aduaneras que gravan inicualemente los géneros de consumo popular, contra los cacicazgos de los grandes hacendados, contra los monopolios, contra las loterías, contra el trabajo personal subsidiario en los campos; promoviendo al propio tiempo la educación pública, las cajas de ahorro, las asociaciones de obreros, la instrucción técnica, la introducción de máquinas y aparatos para facilitar y ennoblecer el trabajo de los menestrales.

También por su amor al pueblo, pero al pueblo entero, no a determinado gremio o localidad, fué el señor Samper enemigo esforzado de todo lo que trascendiera a socialismo y comunismo. Por eso combatió siempre, aun afrontando las iras de los artesanos de Bogotá, todos aquellos proyectos de tarifas llamadas protectoras, que en el fondo no son sino prohibitivas y monopolistas, destinadas a encarecer las manufacturas nacionales y extranjeras en provecho de unos pocos productores.

Inmensa fué la labor periodística del señor Samper, de tal suerte que

(Pasa a la página 170).